

D. ROQUE.  
 Haré todo lo que quiera.  
 Dejadme vivir en paz,  
 Dejadme... y Dios la haga buena.

D. BEATRIZ.  
 Pero...  
 D. ROQUE.  
 Sí, mañana mismo  
 Harémos la diligencia.  
 Mañana... Y que me perdone,  
 Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.  
 ¡Válgame Dios que muchacha!  
 (Se pasea por la escena, con ademanes  
 del mayor sentimiento.)



¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera.  
 Calla, que en cuanto me digas  
 Tendrás razon: però deja  
 Que reniegue de mí mismo;  
 Pues yo, por mi ligereza,  
 He sido causa de todo.  
 Ya lo pago, y aunque sea  
 Tarde, reconozco ahora  
 Que no son edades estas  
 Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...  
 Pero si... Cuanto más viejos,  
 Mas niños y mas troneras.

La Comedia Nueva.

\*\*\*\*\*

# La Comedia Nueva.

\*\*\*\*\*

## PERSONAS.

DON ELEUTERIO. DOÑA MARIQUITA. DON PEDRO. DON SERAPIO.  
DOÑA AGUSTINA. DON HERMOGENES. DON ANTONIO. PIPI.

*La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.*

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitación principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

*La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPI.

*(Don Antonio sentado junto á una mesa: Pipi paseándose.)*

D. ANTONIO.

Parece que se hunde el techo, Pipi.

PIPI.

Señor.

D. ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPI.

No señor : poetas.

D. ANTONIO.

¿Como poetas?

PIPI.

Sí señor : ¡asi lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino, uh!

D. ANTONIO.

¿Y con que motivo se hace esa franquachela?

PIPI.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPI.

¿Pues qué, no lo sabia V.?

D. ANTONIO.

No por cierto.

PIPI.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

D. ANTONIO.

En efecto, aqui está. *(Leyendo en el Diario, que está sobre la mesa.)* COMEDIA NUEVA INTITULADA : EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipi!

cuanto mas vale ser mozo de café que poeta ridiculo!

PIPI.

Pues mire V., la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa....

D. ANTONIO.

Como?

PIPI.

Así, de versos.... ¡Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO.

Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos....

PIPI.

No, pues los de arriba bien se conocé que son del arte. ¡Válgame Dios! cuantos han echado por aquella boca! Hasta las mugeres.

D. ANTONIO.

Oiga! ¿Tambien las señoras decian coplillas?

PIPI.

Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es muger del autor de la comedia.... Qué! Si V. viera.... Unas décimas componia de repente.... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPI.

Pues con ese se ha estado jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una decima, y no la pudo acabar porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada.... oh! aquella sí.

Mire V. lo que es.... Ya se ve, en teniendo vena....

D. ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quien es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPI.

Oh! ese es don Serapio.

D. ANTONIO.

Pero ¿qué es? que ocupacion tiene?

PIPI.

Él es.... mire V., á él le llaman don Serapio.

D. ANTONIO.

Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quien dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPI.

Ese mismo. Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una, se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPI.

Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

D. ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPI.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO.

Sí, serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPI.

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO.

Ah! Pues si don Serapio lo dice no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien donde les aprieta el zapato, y cual comedia es buena, y cual deja de serlo.

PIPI.

Eso digo yo; pero á veces.... Mire V., no hay paciencia. Ayer, qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias: vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y.... Deje V.: las.... ¿Si me acordaré? Las.... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las.... las reglas.... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO.

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los

extranjeros, particularmente los Franceses.

PIPI.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO.

Si tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPI.

Pues ya se ve: mire V., ¡reglas! No faltaba mas. ¿A qué no tiene reglas la comedia de hoy!

D. ANTONIO.

Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPI.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad V.?

D. ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No señor.

PIPI.

Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá V. cuantas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice, si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces.... ¡ya se ve! mire V. si con un buen situado podía él....

D. ANTONIO.

Cierto. (Ap. ¡Que simplicidad!)

PIPI.

Entonces escribiría. Qué! todos los meses sacaría dos ó tres comedias... Como es tan hábil....

D. ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI.

Toma! Poquito le quiere el segun-

do barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas: pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan.... En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire V. si ellos.... ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

Pues ya.

PIPI.

Pero deje V., que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPI.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo.... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPI.

Pues ya se ve: lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

## ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO,  
PIPI.

D. PEDRO.

Café.

(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipi le servirá el café.)

PIPI.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPI.

¿Con leche?

D. PEDRO.

No... Basta.

PIPI.

¿Quien es este?

(Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.)

D. ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPI.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

## ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO,  
DON PEDRO, DON ANTONIO,  
PIPI.

D. SERAPIO.

¡Pero hombre, dejarnos así!

(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á V. ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada; la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. SERAPIO.

Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantar-

D. ANTONIO.

¿V. á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues; con ese genio tan raro que V. tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la Corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Si; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace V.?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

¿Y si el silencio de V. le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces....

D. PEDRO.

Entonces digo la verdad.

D. ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de V. Todos aprecian su talen-

la, si V. me apura. ¿Que dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas cóplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cual ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAPIO.

¡El diantre es V., hombre! Todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase V.

(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)

D. SERAPIO.

Voy allá; pero...

D. ELEUTERIO.

Si, si, váyase V.; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO.

Si, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipi!

PIPI.

Señor!

D. SERAPIO.

Palabra.

(Don Serapio habla en secreto á Pipi, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipi toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)

D. ANTONIO.

¿Como va, amigo don Pedro?

(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)

D. PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en V. Va bien.

to, su instruccion y su probidad; pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

¿Y porque? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridicula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el día, y á escitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aqui, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar café.

D. ANTONIO.

Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿que plan tiene V. para esta tarde?

D. PEDRO.

A la comedia.

D. ANTONIO.

¿Supongo que irá V. á ver la pieza nueva?

D. PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO.

¿Pero, porque? Vea V. sus rarezas.

(*Pipí sale por la puerta del foro con salvitilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

D. PEDRO.

¿Y V. me pregunta porque? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

D. ANTONIO.

De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez.....

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mi me irrita lo que á V. le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero: se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé: V. tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero V. es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce V. y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace V. creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, V. dirá que se divierte; pero, amigo.....

D. ANTONIO.

Si señor que me divierte. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni como es posible persuadirles.....

D. ELEUTERIO.

No, pues.... Con permiso de Vds. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede V. ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

tonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará juego de teatro.)

D. ELEUTERIO.

Pues mire V., aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que..... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas..... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes..... ¿Qué sé yo cuanta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quien ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la Corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve V. como están los comestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ANTONIO.

¿Es este el autor?

(*Don Antonio se levanta, y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con don Eleuterio.*)

PIPI.

El mismo.

D. ANTONIO.

¿Y de quien es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO.

Señor, es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO.

Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

D. ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces.....

D. ANTONIO.

Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(*Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don An-*

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia....

D. ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya V. á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

¿Y que remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que....

D. ELEUTERIO.

¿La ha leído V.?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

¿La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Si señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

D. PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy espuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. ANTONIO.

Qué! No señor. Si le digo á V. que es cosa muy buena. ¿Y donde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de

la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la....

D. PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

D. ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba....

D. PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¿Si no hay paciencia!

D. ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPI.

Si yo tuviera dos reales. ¿Voto va!

D. ELEUTERIO.

Véala V. aquí.

(*Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.*)

D. ANTONIO.

Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta: con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) Por DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el Rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el Emperador:

Ya sabeis, vasallos míos,  
Que habrá dos meses y medio  
Que el turco puso á Viena  
Con sus tropas el asedio.  
Y que para resistirle  
Unimos nuestros denuedos,  
Dando nuestros nobles brios,  
En repetidos encuentros,  
Las pruebas mas relevantes  
De nuestros invictos pechos.»

¡Que estilo tiene! Cáspita! ¡Que bien pone la pluma el pícaro!

«Bien conozco que la falta  
Del necesario alimento  
Ha sido tal, que rendidos  
De la hambre á los esfuerzos,

D. ELEUTERIO.

Si señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga V., don Pedro.

D. PEDRO.

No, por Dios; no lo lea V.

D. ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. PEDRO.

Con todo eso.

D. ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

D. PEDRO.

Ya.

D. ELEUTERIO.

Buena versificacion.

D. PEDRO.

No importa.

D. ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.

D. PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que....

D. ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oírle.

(*Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.*)

EMP. Y en tanto que mis recelos....

VISIR. Y mientras mis esperanzas....

SENEC. Y hasta que mis enemigos...

EMP. Averiguo.

VISIR. Logre.

SENEC. Caigan.

EMP. Rencores, dadme favor.

VISIR. No me dejes, tolerancia.

SENEC. Denuedo, asiste á mi brazo.

TODOS. Para que admire la patria

El mas generoso ardid

Y la mas tremenda hazaña.

Hemos comido ratones,  
Sapos y sucios insectos.»

D. ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á V. bien?

(*Hablando á don Pedro.*)

D. PEDRO.

Eh! á mí, que....

D. ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á V. Pero no; doude hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele V.... ahí.... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO.

Muerta?

D. ELEUTERIO.

Si señor, muerta.

D. ANTONIO.

¿Que situacion tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quien son?

D. ELEUTERIO.

Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

D. ANTONIO.

Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir seria un bruto.

D. ELEUTERIO.

Si señor.

D. ANTONIO.

Hombre arrebatado: eh?

D. ELEUTERIO.

Si señor.

D. ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara: ¿es verdad?

D. ELEUTERIO.

Cierto.

D. ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. PEDRO, *se levanta impaciente, en ademán de irse.*

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

D. ELEUTERIO.

¿Disparates los llama V.?

D. PEDRO.

¿Pues no?

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se ríe de entrambos.*)

D. ELEUTERIO.

¡Vaya que es también demasiado! Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia. Cierto que me ha chocado. Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiarse.

D. PEDRO.

¿Y esto se representa en una nación culta?

D. ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contento la espresion! Disparates!

D. PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. Disparates! ¡Cuidado que...

PIPI.

No haga V. caso.

D. ELEUTERIO, *hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle.

El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor.....

PIPI.

Calle! ¡Hay traidor también! ¡Como me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(*Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...

Y mientras mis esperanzas.....

Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! á que buena ocasion llega V.!

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro.*)

#### ESCENA IV.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO,  
D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

D. PEDRO.

A la órden de V.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el Diario; lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan*

los demas.) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES.

V. me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. V. solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de V., el mas ameno de nuestros días, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. HERMÓGENES.

Estas prendas si que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso si; pero díganos V. lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

Disparatada? ¿Y quien ha propuesto en un aserto tan...

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos V. lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Si diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pe-

ro lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

D. ANTONIO, *siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*

Yo reviento.

D. HERMÓGENES.

*Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...*

D. ELEUTERIO.

Pero...

D. HERMÓGENES.

*Mythoi eisin yparchousin.*

D. ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á V. se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escaligero, Vossio, Dacier, Marmontel, Casteivetro y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero..

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los Megareos, los Siculos y los Atenienses...

D. ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. HERMÓGENES.

Veáanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Meneócrates y Pherecrátes...